



DIOS NO NECESITA DARSE A CONOCER, PERO LO HACE

EL saludo más cordial en el nombre de nuestro Salvador. Escribo otra vez para desearle en Él la máxima prosperidad según la sabiduría de su voluntad.

Ya habíamos presentado la salida de Israel de Egipto, un capítulo importante en el drama divino de los siglos, porque a través de este Dios se da a conocer. No fue que Dios tuviera la necesidad de darse a conocer, sino que quiso hacerlo, para manifestar su gloria y así deleitar al hombre que había creado. Hechos 17:24-25; Job 22:2; 35:6-7. Estos textos muestran que Dios no depende de cosa alguna fuera de sí mismo para realizarse. Dios, mediante el éxodo, quiso mostrar de manera acentuada lo que dice Hechos 17:28 (“...En él vivimos, y nos movemos, y somos...”). Quiso mostrar que el mundo funciona en todo momento bajo la dirección y el sostenimiento directos suyos, que lo sobrenatural no es la excepción sino lo normal. Miremos:

Habían pasado 430 años de exilio para el pueblo de Dios (Gn. 15:13), muchos de estos años en la esclavitud. ¿De qué podría servir un lapso tan largo de tiempo? ¿Cuál sería el propósito? Fíjese en la esclavitud tal como relatan Éxodo 1:11-14 y 3:9.

Por fin, Dios se acordó de su pueblo, 2:23-25. Se acordó de la promesa hecha a Abraham unos 500 años antes. Ex. 3:6; 3:15-16; 4:5; 6:1-8. Abraham y los otros patriarcas eran el punto de referencia para Dios. El tiempo entre ellos y Moisés son de muy poca importancia en las Sagradas Escrituras, es decir, en la Historia de la Salvación.

Al iniciar Dios la liberación, las cosas se pusieron peores, 5:19-23. En lugar de recibir alivio, la carga se puso más pesada, 5:7-21.

La demora había sido larga. Acordémonos que la preparación del libertador, Moisés, duró unos 80 años, Hc. 7:23,30. El libertador llegó como bebé, y fue educado en Egipto. Se equivocó al intentar comenzar la liberación en su propia fuerza.

La demora no debe hacernos pensar que Dios no supiera de la situación triste de su pueblo, o que se le hubiera olvidado, 2:24; 3:7. No era tampoco que los israelitas no oraran a Dios, 2:24; 3:7. Luego, ¿por qué la demora? ¿Por qué tanta incomodidad y sufrimiento? ¿Por qué Dios fue desconocido y despreciado por los egipcios durante tanto tiempo? ¿Por qué los paganos pasaban tan campantes tanto tiempo ignorando a Dios y abusando de su pueblo?

La respuesta a estas preguntas es muy sencilla, pero es una respuesta que no corresponde a nuestras expectativas naturales. La respuesta es que las cosas fueron así porque Dios así quiso darse a conocer en cuanto a su ser, sus virtudes, y su programa. Sí, nos gustaría tener más detalles en este asunto, y, sobre todo, detalles más de acuerdo con nuestro sentido de lógica y justicia. Queremos que no haya sufrimiento, que las injusticias se arreglen ya, que gocemos muy pronto de victoria y de gloria. No queremos esperar. Sobre todo, nosotros los cristianos anhelamos la honra de Dios, y el hecho de tener que vivir por la fe esperando nuestra vindicación en lo de la verdad, no nos parece bueno. Queremos que nuestro testimonio en defensa de Dios sea respaldado por Dios mismo ya, pues nos parece un poco fastidioso seguir año tras año en esta tarea apologética sin que haya un desenlace obvio y visible, sin que los enemigos del evangelio sean callados, y sin que la iglesia sea prosperada. Somos todavía una minoría. ¿No somos enseñados a pedir que el reino de Dios venga? ¿Por qué, pues, no responde Dios de una manera contundente — ya?

Estamos mirando este tema porque creo que es uno de los tropiezos más grandes para todos nosotros, el hecho de que Dios hace las cosas muchas veces de manera aparentemente ilógica. Por eso, hoy (y debe ser siempre) miramos la fuente, la Palabra de Dios, buscando comprender lo que ya comprendemos en alguna medida, pero que no asimilamos. Miramos la Palabra para que nuestra cosmovisión esté configurada a diario por la voz de Dios. Si no lo es, corremos el riesgo de abandonar la Palabra para seguir nuestra propia percepción de cómo deben ser las cosas. De allí puede resultar el desaliento por un lado, o si no, la invención de métodos y programas para alcanzar más rápido el fin que nosotros mismos ideamos. Volvamos al libro de Éxodo: Presenciamos el teatro de Dios, el drama de los siglos, en el cual aprendemos a conocer las cosas como son: Dios montó “el show”. Mire 3:14, Dios comisionó a Moisés, y lo envió a el Faraón. Como era de esperar; Faraón respondió en los términos mencionados en 5:2, palabras bien desafiantes, y Dios aceptó el reto de responder la pregunta insolente de Faraón, 6:1 y 7:3-5, palabras sorprendentes que nos hacen entender desde el comienzo que la contienda iba a ser larga. El corazón de Faraón fue endurecido. No fue una situación imprevista por Dios, sino una situación que Él propició, patrocinó, 3:19; 4:21. Fue la oportunidad para Dios mostrarse Dios glorioso, soberano en toda su creación, soberano sobre los dioses falsos de Egipto, y soberano sobre el imperio más poderoso del momento, Dios a la vez justo al ejecutar las diez plagas. Lea, por favor, los capítulos del 7 al 12 para coger el drama de los sucesos. La Escritura nos da los detalles de las plagas una por una.

Habría sido fácil relatar en un solo párrafo que Dios envió 10 plagas porque Faraón seguía resistiendo. Pero, ¡no! Tenemos en detalle esta confrontación. Dios quiso así darse a conocer.

Las 10 plagas. Durante todo este tiempo, el pueblo de Dios sufría, y sufría, peor que antes de comenzar la contienda. ¿Por qué no obró Dios en seguida lo de la noche de la pascua? ¿Por qué no libró a su pueblo con un solo golpe contundente? ¿Era que carecía de recursos en el momento? Había anunciado ya la muerte del primogénito de Faraón, 4:23, pero ¡semejante demora! Vemos a Dios en este drama como que jugando con el pobre pero terco Faraón.

Respondiendo a esta inquietud, vemos primero que, al presentar cada una de las 10 plagas, Dios tiene oportunidad para declarar repetidamente el propósito con que había formado para sí un pueblo. Era para que le sirviera. Mire los siguientes textos: 7:16; 8:2,8; 8:20,25-29; 9:1; 9:13; 10:3,7,8,9; 10:24-26; 12:31. Como que Dios quiere que entendamos esto, y como que quiso que Faraón y el pueblo de Israel lo entendieran también. Las diez plagas dieron oportunidad para hacer resaltar esta exigencia bendita. Además, respondiendo la inquietud que nos ocupa, al presentar cada una de las diez plagas, el texto habla repetidamente del endurecimiento del corazón de Faraón: 7:14,22; 8:15,19,32; 9:7,12,34-35, 10:1,20,27; 11:10; 12:12. Después de la salida, el texto lo dice otras veces, 14:4,8,17. ¿Por qué Dios prolongó tanto la confrontación? ¿Por qué repetir tanto esto? Pues sirve para mostrar que aquí Dios quiere manifestarse, no una sola vez y ya, sino repetidamente, para que Él sea conocido en su justicia, su poder, y su supremacía, y la variedad de sus juicios. Sirve para mostrar la enemistad innata del hombre caído contra Dios. Sirve para mostrar que el corazón del rey está en la mano de Dios, Pr. 21:1; 16:1,4,9. Acuérdesse de Dt. 2:30, Sehón, el rey de Hesbón. Una verdad difícil para nosotros comprender, pero sirve para enseñarnos que Dios, aunque absolutamente justo (Gn. 18:25), tiene propósitos para su propia gloria que van más allá del bienestar del hombre rebelde. En otras palabras, debemos juzgar todo a la luz de todo lo que Dios dice en sus Escrituras.

Aquí en este relato del éxodo, inspirado por el Espíritu Santo, hay drama de lo más intenso. Dios presenta teatro. ¿Qué fin tenía (y tiene, pues esta su Palabra es para nosotros, también)? Respondiendo esta inquietud, en tercer lugar, mire los siguientes textos: 7:17; 8:10; 8:19; 8:22; 9:14-16,29; 10:1-2; 11:7-9. Y después de la salida de Egipto, el texto sigue declarando lo mismo, 14:4,13,18. Sencillamente fue que Dios quiso darse a conocer.

¿Qué hace Dios en todo lo que miramos en estos capítulos? Es que Dios derrota a los dioses. Da una estocada a la idolatría. Demuestra en términos contundentes que de Él es la tierra su plenitud, el mundo y los que en él habitan. Aquí Dios derrota imperio y emperador. Y lo hace Dios sin necesidad de la ayuda de su pueblo. El armó a Moisés con una vara, una vara de pastor, el cual para los egipcios era despreciable, pues tenían aquella profesión como abominación.

¡Qué maravilloso conocer a este Dios en la misericordia de su pacto! Porque si bien las diez plagas fueron como castigo sobre un pueblo idólatra e injusto, a la vez, fueron para la gloriosa liberación de su pueblo para pasar a gozar de la tierra santa. ¡La bondad de Dios! La bondad y la severidad

de Dios. Una llamada a encontrar misericordia mediante la fe en Cristo, el Libertador. Una advertencia a dejar la oposición insensata contra este Dios bueno, sabio y poderoso. Una advertencia a abandonar una cosmovisión que incluye a un dios que no existe y que por lo tanto no sirve para nada. Al fin y al cabo, Dios hará según su voluntad en los cielos y en la tierra. El consejo de Jehová permanecerá para siempre, Salmo 33:9-10. Los pensamientos de Dios a favor de Su pueblo son como escribe Jeremías (29:11): “Porque yo sé los planes que tengo para vosotros”- declara el Señor- “planes de bienestar y no de calamidad, para darnos un futuro y una esperanza.” O como lo expresa Moisés en Dt. 8:16: “En el desierto te alimentó con el maná que tus padres no habían conocido, para humillarte y probarte, y para finalmente hacerte bien. Para destacar aun más lo que estamos diciendo con respecto a lo sorprendente del plan y del método de Dios, recordemos lo que miramos arriba, que Dios sacaba a su pueblo con el fin de adorarle. Pero, ni para que esto fuera una realidad, Dios obraba con prisa. Ciertamente la función del pueblo de Dios es adorar a Dios, Jn. 4:24, pero más importante aun que este fin, estaba el programa de Dios para lograr esto — el éxodo, y esto en la forma como Dios lo llevó a cabo — para darse a conocer. Quiso que su pueblo lo observara durante bastante tiempo, que lo observara en la variedad de sus recursos y poderes, y que lo observara desde la tribuna de su propia debilidad e indefensión. Después habría oportunidad y abundante razón por lo cual adorarle. Después de que el pueblo salió de Egipto, durante 1400 años el pueblo rendiría culto mediante las figuras de la ley de Moisés, hasta el cumplimiento del tiempo de Dios al venir Jesucristo. Mil cuatrocientos años de culto mediante figuras, y en general un culto rendido por un pueblo que no amaba a Dios. El pueblo pecaba constantemente, y pecaba en el acto mismo de rendir culto (Amós 5:25-27). Esta historia es la historia de Pecado y Gracia. Ro. 5:20. Como que Dios se especializa en montar un escenario y actuar durante muchos siglos en lo que podría parecernos un terrible fracaso; lleva a su pueblo el cual no ofrece nada de posibilidades en cuanto a lo que Dios había declarado ser su propósito — todo esto para después, de manera dramática, manifestar de manera asombrosamente de impacto, su poder y su gloria en la salvación que obró a favor de su pueblo — por medio de otro niño que nació, pero que era a la vez “Hijo que fue dado.”

Claro, vale la aclaración, que no era sólo por su gloria que Dios demoró, como hizo, pues obviamente a la larga era también para el bienestar y deleite de su pueblo. Ex. 12:36; 3,8,17,21-22. Dt. 8:16. Pero no hablamos mucho de esto ahora, siendo que por lo regular es esto casi lo único que pensamos cuando presentamos la liberación en Cristo. Nos fascina lo que resulta para el hombre, y demasiado poco nos interesa lo que resulta para Dios. Recordemos que la propiciación que obró Cristo, Ro. 3:26, fue para que Dios fuera el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús.

A través de las Escrituras, encontramos la continua referencia al éxodo (Ex. 20:2; Sal. 136:10-15; Sal. 78:51; 1 R. 8:21; 9.8) como prototipo de la actuación salvadora de Dios: poder y sangre redentora. Vemos en Moisés el tipo del Libertador y su victoria libertadora. Acontecimiento único (acordémonos de Hebreos 9:10, etc.). Cosas como el éxodo no ocurren más; no era la costumbre de Dios hacer cosas así. Ni en la restauración después del cautiverio obró Dios así, sino que

entonces sencillamente movió el corazón de Ciro para que proclamara la liberación (2 Cr. 36,22-23). Dios no necesita de milagros, pero los obró en la ocasión que estamos considerando hoy. Le invito a mirar bajo la misma óptica que acabamos de presentar del éxodo, las historias de Abraham, Jacob, José. Mire la conquista, y Samuel y David. ¿Y qué de Job? Misteriosa es la providencia de Dios, las demoras suyas, los relatos detallados de algunos eventos de la Historia Sagrada y la carencia de detalles en otros. Dios quiere mostrarnos cómo es su programa, su manera de actuar. Busca evitar así que formulemos programas y planes nuestros según la carne para lograr según nuestra agenda lo que nos parece debe ser la voluntad divina. Miremos con cuidado textos como Is. 55:8-9, Sal. 92:5, y Ro. 11:33-36.

Mire el libro de Éxodo otra vez.

1. Dios es el que obra. Fíjese en los verbos de los cuales Dios es el sujeto.

2. Capítulo 13:3,8,9,14,16. “Dios nos sacó”.

3. Capítulo 15 — cántico en honor a Jehová. 15:1-9. Después:

Agua — capítulo 15

Comida — capítulo 16

Agua — capítulo 17 “Yo soy Jehová” — 15:26; 16:12; 20:2

Las pruebas y demoras que Dios pone.

Algunas observaciones:

1. ¿Qué hacemos en medio de las demoras de nuestra experiencia actual?
 - a. Oramos.
 - b. Nos sometemos a la sabiduría y el tiempo del Señor. Evitemos las quejas y los cuestionarios impíos.
 - c. Actuamos en obediencia a todo lo que Dios nos manda según las oportunidades y ocasiones. No dejemos que el desaliento nos paralice.
2. La Historia Sagrada está llena de sorpresas desde la perspectiva de nuestra comprensión limitada y caída. El programa de Dios va de acuerdo con su voluntad y sus propósitos, no los nuestros.
3. Para orientarnos con respecto a las cosas como son, tenemos las Sagradas Escrituras como guía; estudiemos todas ellas.
4. Es imperativo demoler la actual enseñanza popular, la del evangelio de la prosperidad, desechar la idea de que Dios ha de venir muy pronto y con un milagro librarnos de toda situación dolorosa y embarazosa. Acuérdense de Jn. 9:1-3. Jesucristo, Mr. 14:36. Tal enfoque actual, el evangelio de la prosperidad, está en conflicto directo con la manera como miraron las cosas una vasta mayoría de los santos de Dios a través de los siglos. Y, además, con contadas

excepciones, los relativamente pocos expositores de la Biblia que ahora enfatizan este evangelio no son reconocidos por sus exposiciones de todas las Escrituras y su cuidado en manejar los detalles de las mismas en relación con su totalidad.

5. Dios no dio oportunidad a los egipcios para un fin diferente de lo que sufrieron, sino sólo en el sentido de exigirles que dejaran salir en seguida a los israelitas. No fueron invitados a participar del pacto. ¿Otra sorpresa? ¿No tiene que tratar Dios a todos de la misma manera? No tiene favoritos, ¿verdad? ¿O, sí?
6. Por supuesto, en ningún momento el punto anterior neutraliza o niega la responsabilidad del hombre para obrar lo que Dios manda ni la culpa suya cuando no lo hace.
7. 2000 años después de la venida de Cristo a la tierra, la demora sigue. Sólo que en la actualidad, muchos miran el crecimiento de la iglesia como signo de una nueva intervención semejante a la del éxodo. Si es así (y puede haber dudas al respecto), la pregunta es por qué ahora. ¿Se debe a que somos nosotros más merecedores que los cristianos de hace 50 o 100 años o más dignos que los israelitas en Egipto antes de la visita de Dios? ¿Por qué Dios ha obrado en este momento y no antes? Y la respuesta es que, no, no se debe a nosotros y nuestra espiritualidad, sino a la pura gracia de Dios en el momento de su buena voluntad (Dt. 7:7-8). Dios es el que obra en nosotros tanto el querer como el hacer por su voluntad. ¿Por qué no obró en otras edades para que hubiera fruto en lugar de apostasía? Claro, es importante preguntarnos si la espiritualidad, el culto, y el comportamiento del despertar actual son del mismo carácter que lo del éxodo. ¿Es el énfasis de ahora todo para la gloria de Dios? ¿Todo según la ley de Dios? ¿Existe clara demarcación entre el pueblo de Dios y el mundo?
8. Si Dios no está obrando ahora el avivamiento que anhelamos, y si la opresión del humanismo, el secularismo, la posmodernidad, etc., sigue, ¿qué haremos? ¿Cómo reaccionaremos? ¿Cómo estamos reaccionando en el momento? ¿Estamos predicando el evangelio (Ro. 1:16)? ¿Vivimos por la fe? ¿Permanecemos en Cristo?